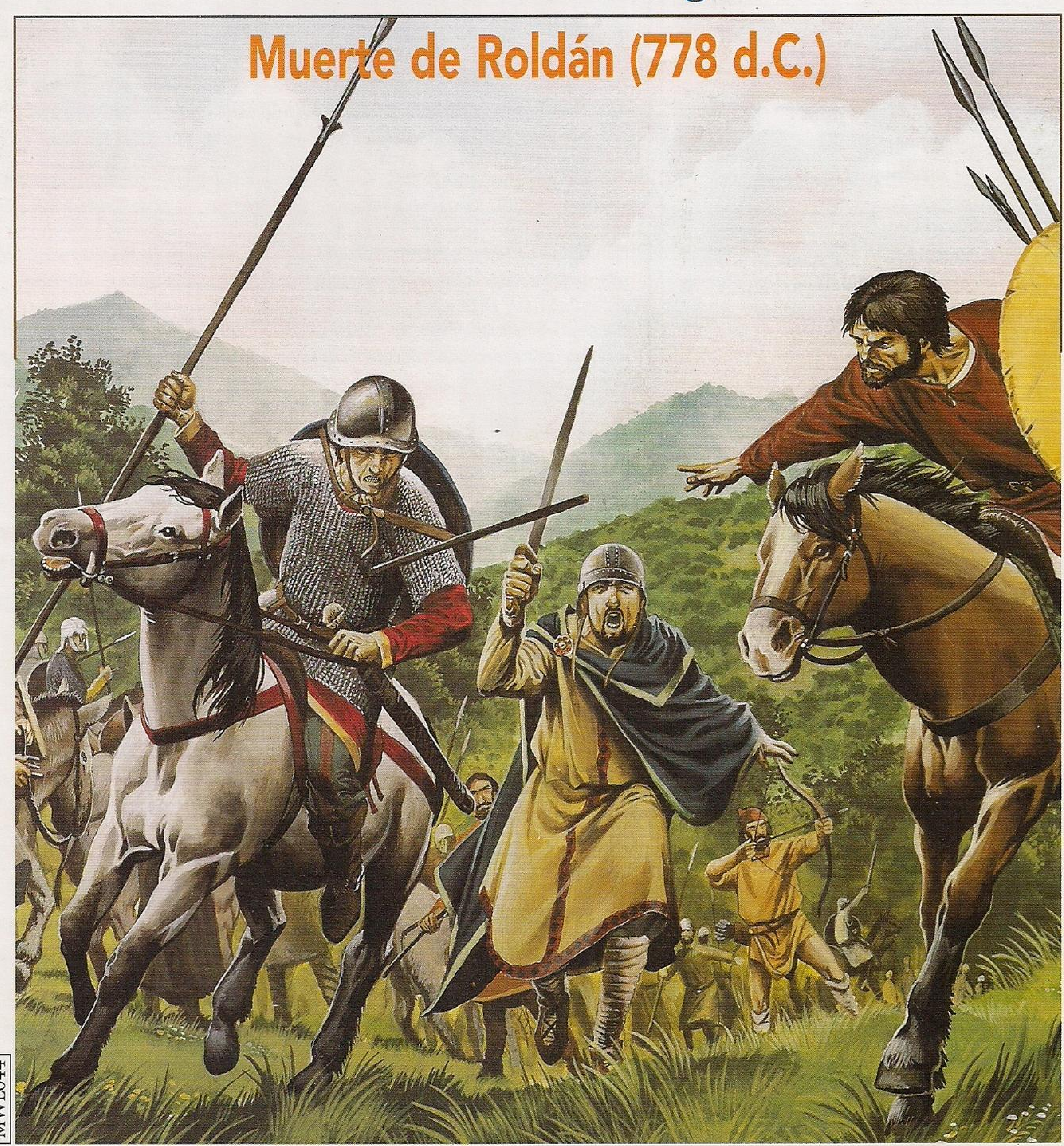
GUERREROS MEDIEVALES

La era de Carlomagno

Muerte de Roldán (778 d.C.)



MWE044

ediciones delPrado

OSPREY PUBLISHING

La era de Carlomagno

El fundador del imperio carolingio

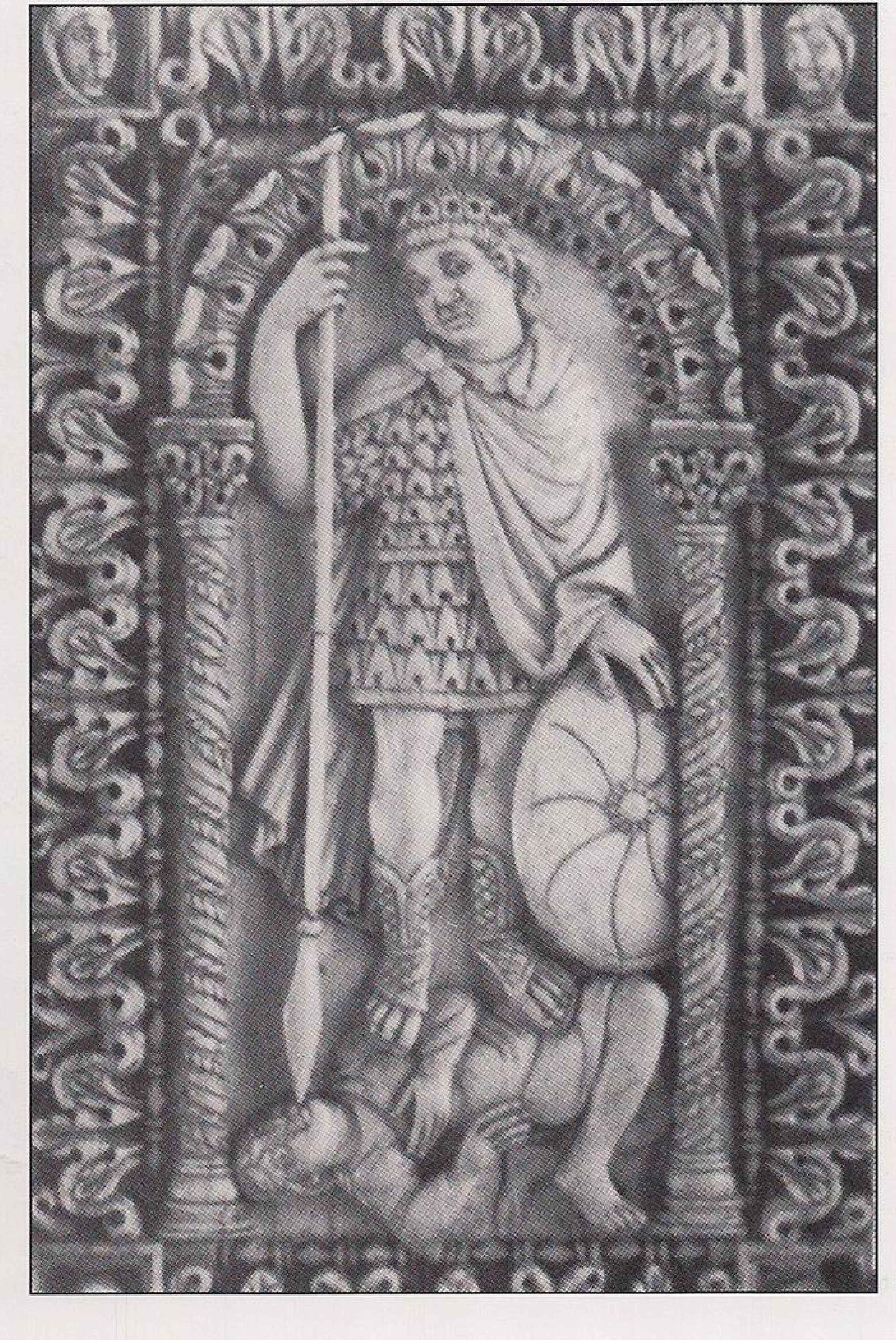
En el siglo VII, la autoridad de los reyes merovingios estaba pasando a manos de los grandes funcionarios del reino conocidos como mayordomos de palacio. Uno de ellos, Pipino de Landen, era mayordomo de palacio en Austrasia, en el nordeste de las tierras francas. Su hija se casó con el hijo del obispo Arnulfo y sus descendientes fueron conocidos como los Arnulfo. Fueron los primeros carolingios, que más tarde tomaron su nombre de Carlos Martel, hijo de Pipino de Heristal y gobernante de todo el reino (719-41) y conquistador de la actual Francia. En 732 Carlos repelió la invasión musulmana en una decisiva batalla que tuvo lugar en Tours, cerca de Poitiers. Le sucedió su hijo, Pipino el Breve, el primer rey carolingio (y padre de Carlomagno).

Aunque Carlos Martel creó el imperio franco, fue un imperio fundado principalmente en interés de la seguridad, y sus campañas fueron de naturaleza conservadora. A partir de 747, cuando Pipino el Breve se convirtió en el único gobernante, las cosas empezaron a cambiar. Depuso al rey Childerico III y asumió el poder real, poniendo fin a la dinastía merovingia.

La monarquía medieval no era simplemente una cuestión de poder material. Los reyes merovingios eran figuras místicas profundamente arraigadas en el pasado franco. La única forma en que Pipino pudo obtener una aprobación divina fue mediante una alianza aún más estrecha con la Iglesia cristiana. Consiguió la aprobación del papa para deponer al último merovingio y en 751 fue coronado rey de los francos en la abadía de St Denis. El aspecto más significativo de la ceremonia fue que, en lugar del ritual merovingio, derivado del pasado pagano de los francos, Pipino fue ungido con los santos óleos, algo hasta entonces reservado para los rituales cristianos más sagrados, el bautismo y la ordenación sacerdotal.

En 754 un nuevo papa, Esteban III, acudió desde Roma para repetir la ceremonia de coronación. También ungió a los dos hijos de Pipino, Carlomagno y su hermano menor Carlomán, como corregentes, y los proclamó patricios romanos obligados a proteger Roma y el papado contra todos sus enemigos, especialmente los lombardos, que gobernaban casi toda Italia.

La alianza entre los primeros carolingios y la iglesia resultaría sumamente importante en los años que siguieron. Aunque los carolingios seguían dependiendo de su base de poder ori-



Una placa francesa de marfil del siglo IX de un guerrero con una cota que, aunque parece ser de escamas, era probablemente de mallas. (Museo Bargello, Florencia).

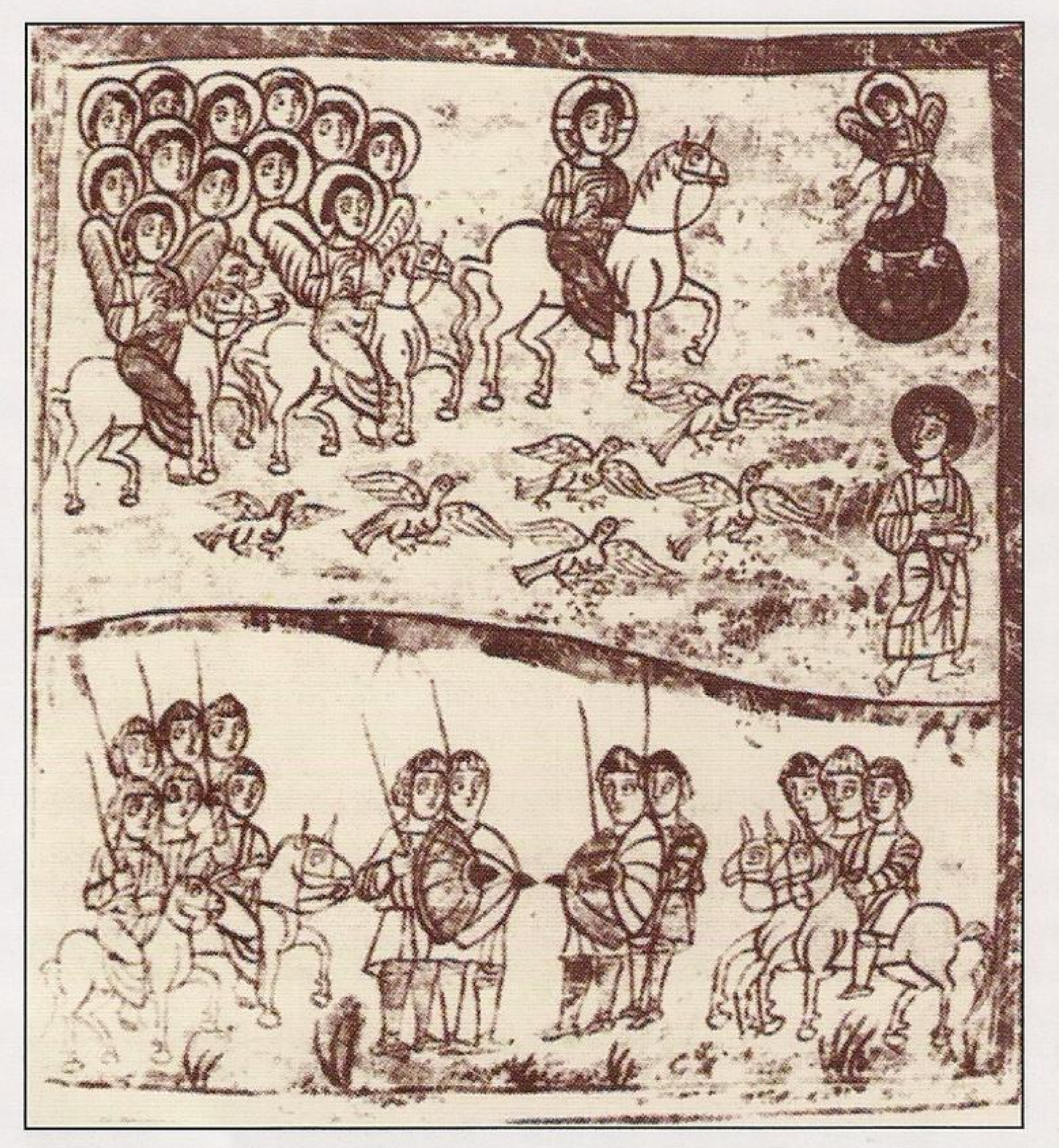


Ilustración de guerreros carolingios del *Apocalipsis de Tréveris*, siglos VIII-IX. No usan armaduras ni estribos. (Stadbibliothek, Tréveris).

ginal en el territorio que se extendía entre el Rin y el Mosa, la estrecha alianza con el papado tuvo como resultado unos horizontes políticos más amplios y fomentó mayores ambiciones. A partir de 751 la naturaleza de las campañas de Pipino cambió, eran más agresivas. Las guerras contra los musulmanes en el sur, que fueron las más notables, se siguieron haciendo esencialmente por motivos políticos. Al final, las guerras en Italia en apoyo del papa tuvieron una importancia más histórica.

El ejército de Carlomagno

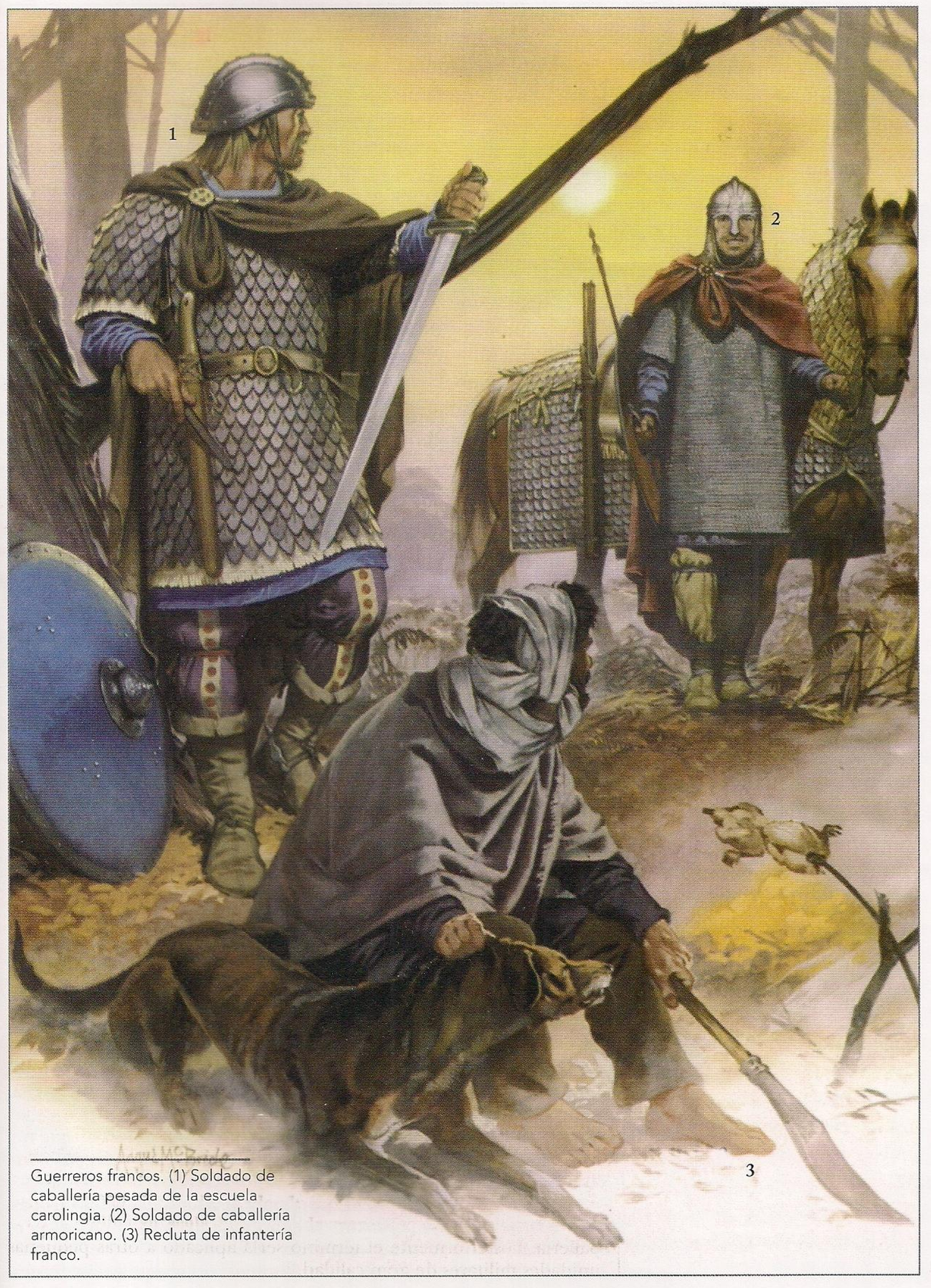
La época de la dinastía carolingia fue la del cambio, no sólo en la historia política y social sino igualmente en la historia tecnológica y militar. Se desarrollaron formas de guerra consideradas características de la Europa medieval. La silla de montar de armadura alta y, más importante aún, el estribo, se introdujeron en el siglo IX. Se aprendió mucho de las culturas no occidentales, especialmente del islam, de las culturas esteparias de los ávaros, los búlgaros, los magiares y otros, y de los vikingos paganos.

Sin embargo, debido a la escasez de las fuentes, las cuestiones fundamentales sobre la organización militar carolingia siguen sin respuesta. Aunque está claro que el ejército de Carlomagno era mucho mayor que el de Carlos Martel, nadie sabe su tamaño, y los cálculos aproximados varían entre 10.000 y 130.000 hombres. Tampoco se conoce la proporción de hombres montados, ni si las tropas montadas combatían en realidad como caballería. Lo que está claro es que el éxito se basaba en una buena dirección, una administración adecuada y una moral consecuentemente alta y una buena disciplina, además de una adaptabilidad a enemigos muy diferentes.

Aunque básicamente similares a las fuerzas merovingias del siglo VII, los ejércitos carolingios se componían de hombres procedentes de una zona mucho más extensa y eran por lo tanto menos uniformes. También tenían generalmente una clara superioridad sobre sus adversarios tanto en números como en poder material.

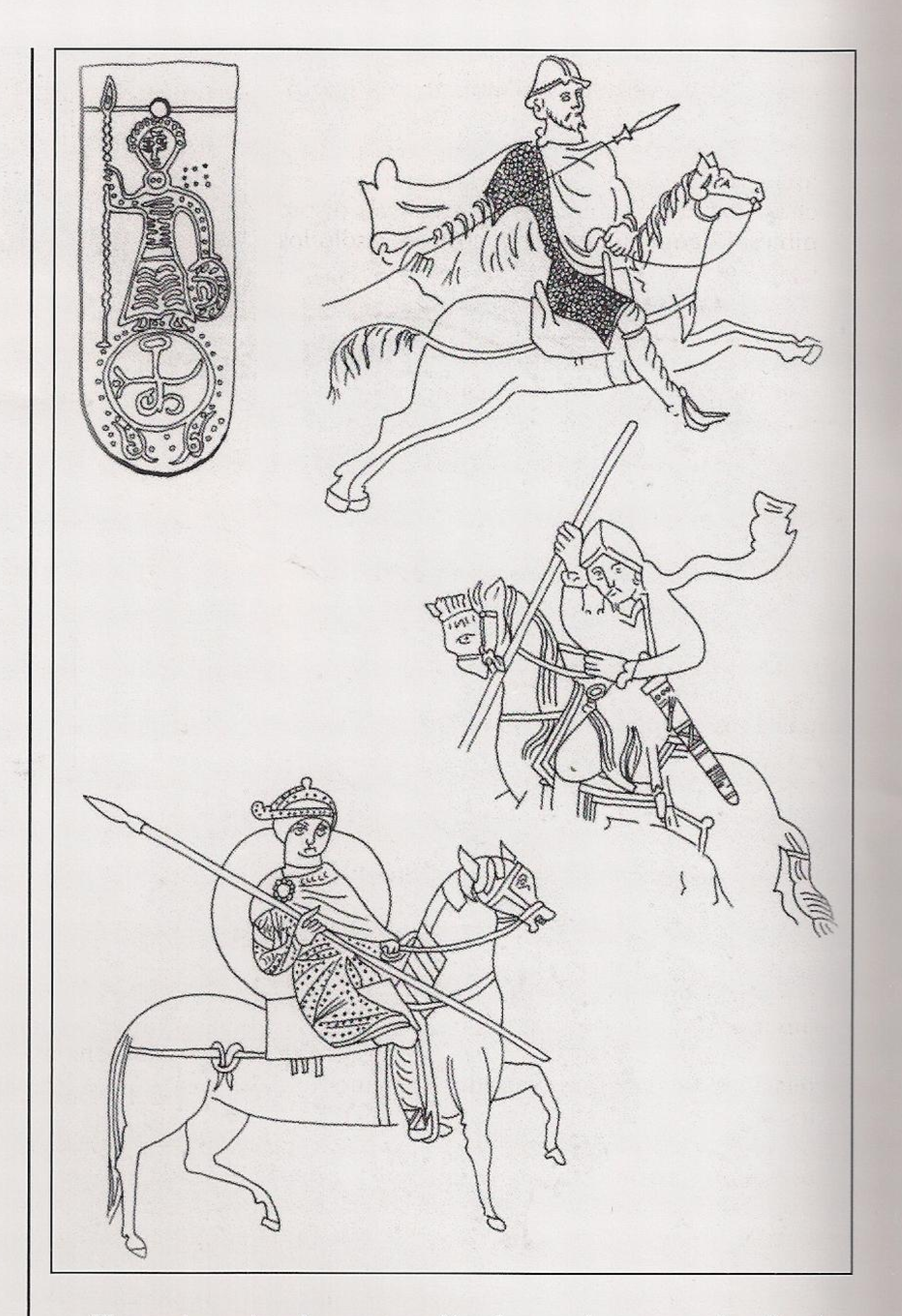
En teoría, todos los vasallos libres de Carlomagno eran soldados, pero no siempre era así. No obstante, todos los hombres libres estaban obligados a hacer el servicio militar. La movilización general se imponía localmente o en situaciones críticas. Esto se aplicaba incluso a los pueblos conquistados recientemente, aunque las obligaciones militares, muchas de las cuales incluían el abastecimiento o los suministros, el transporte, etc., que por lo general recaían sobre los propios francos.

Los soldados profesionales formaban el séquito de los dirigentes y magnates destacados y, en el siglo VIII, el séquito personal del gobernante constituía un pequeño ejército permanente llamado el *scara*, un cuerpo de élite experimentado que al parecer combatía como caballería. Posteriormente el término sería aplicado a otras pequeñas unidades militares de gran calidad.



Guerreros francos. (1) Soldado de caballería pesada de la escuela carolingia. (2) Soldado de caballería armoricano. (3) Recluta de infantería franco.

Dibujos de armas y armadura de manuscritos del siglo IX y (arriba a la izquierda) extremo metálico decorativo de un de cinturón. (Bib. Munic. Valenciennes).



El mando regional correspondía a los condes, unos subordinados leales instalados en zonas vulnerables. La organización existente de la Iglesia proporcionaba una estructura administrativa. Bajo Carlomagno, los condes constituían el nivel superior de una sociedad laica, junto con sus equivalentes eclesiásticos, los obispos. Eran los responsables de reclutar ejércitos por orden del rey. Cómo se hacía eso exactamente es algo que no ha sido aclarado, pero parece ser que había una división entre los que servían en el ejército y otro grupo que se hacía cargo de las familias y las granjas de los reclutados. El que no acudía a las armas podía ser castigado con una multa onerosa e incluso con la muerte.

Cualquiera que fuera la proporción y la naturaleza de las tropas montadas se utilizaban igualmente en incursiones, emboscadas y persecuciones. Las auténticas cargas de caballería de choque, sin embargo, probablemente eran poco frecuentes. La equitación franca

era muy admirada, y llevaban propiedades de cría de caballos que se remontaban a los romanos.

No hay evidencia de que los jinetes de Carlomagno usaran estribos pero, incluso sin ellos, iban bien equipados y eran tropas disponibles. El equipamiento era costoso, y sólo los magnates podían permitirse mantener jinetes con armadura. En 792 a un soldado de caballería sólo se le exigía que tuviera un escudo, una lanza, y dos espadas, una larga y otra corta, pero en 805 se exigió la armadura. El cambio pudo deberse a la adopción del robusto caballo árabe, originario del norte de África. La guerra a caballo aumentó sin cesar bajo Carlomagno y sus sucesores.

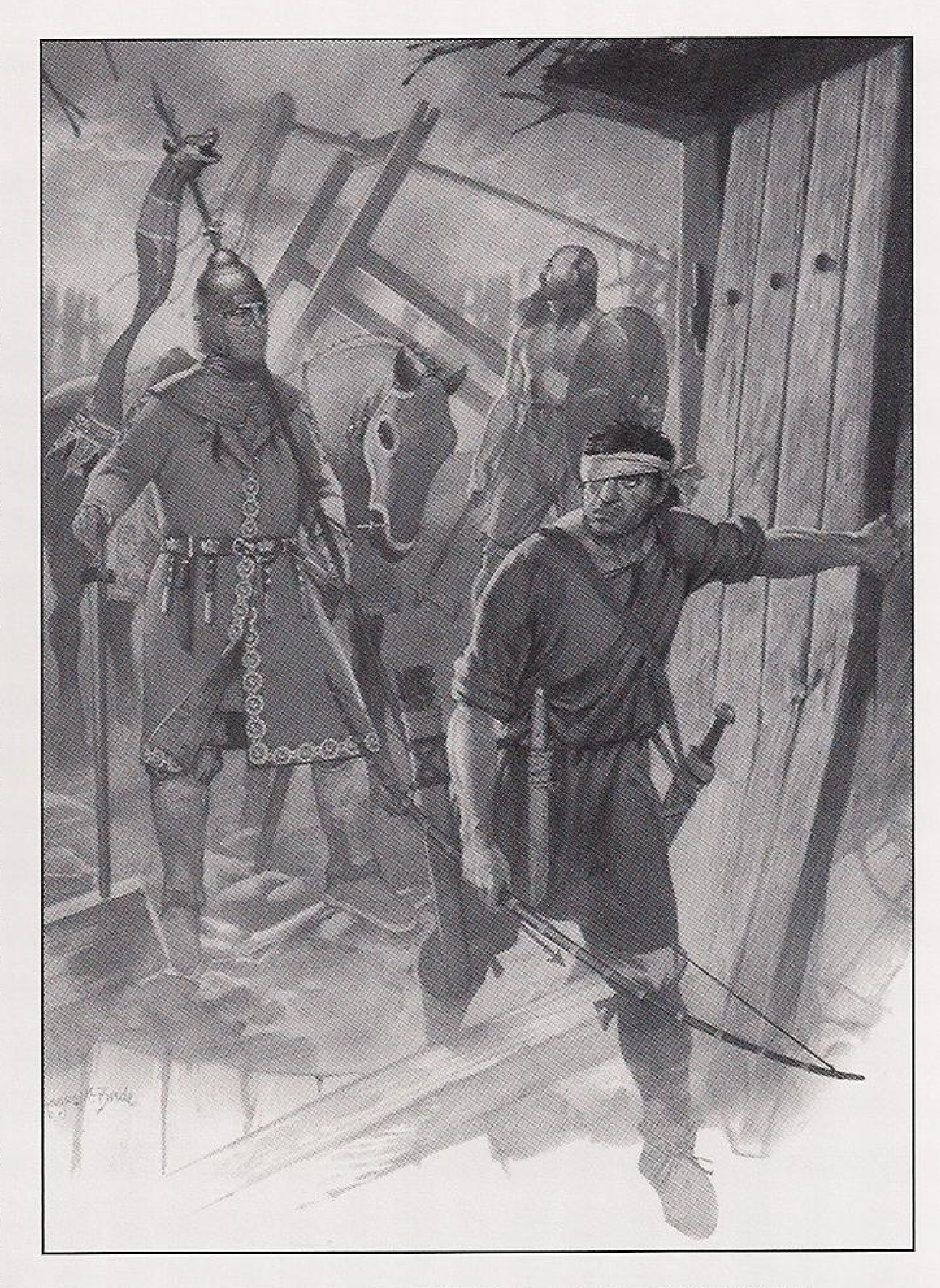
Sólo una rica élite de soldados profesionales subvencionados por sus patronos podía permitirse tener un armamento completo y una armadura, mientras que otros tenían que arreglárselas con lo que podían adquirir. En el nivel inferior de la escala, la obligación de equipar a los miembros de la leva que tenían que incorporarse a un ejército era compartida entre los que se quedaban en casa.

La reaparición de tácticas de infantería a finales de la época merovingia puede simplemente reflejar el hecho de que entonces se guerreaba principalmente en Germania, donde había menos caballos. El evidente papel estratégico de los ríos también explica la importancia del transporte fluvial para los ejércitos de infantería. El comisariato carolingio superaba con mucho cualquier otro de la Europa contemporánea. Las campañas se planificaban con mucha antelación y se daban instrucciones pertinentes a las autoridades locales situadas a lo largo de las rutas de marcha.

Las características básicas del equipamiento militar de Europa occidental no habían cambiado mucho desde la caída de Roma. Los cambios sufridos resultaron generalmente de la influencia bizantina. Tenemos una descripción detallada de un guerrero franco –el propio Carlomagno– de 773. Llevaba un yelmo de hierro y mangas de malla. El pecho estaba protegido con una *brunea* de hierro, tenía una lanza de punta de hierro en la mano derecha y la otra estaba libre para empuñar la espada. Los muslos estaban cubiertos con mallas de hierro, aunque otros preferían no usar esta protección para poder montar más cómodamente (subían a caballo de un salto, como los jinetes musulmanes). Llevaba grebas en la parte inferior de las piernas y tenía un escudo de hierro sin emblema ni color.

Es la descripción de una protección máxima, fuera del alcance de la mayoría de los soldados. La importancia de la caballería sin defensas iba disminuyendo, pero muchos jinetes carolingios carecían de yelmo, armadura o espada.

Todavía no se sabe a ciencia cierta cuál era el material usado para hacer la *brunea*, si era una simple estructura de mallas o una de escamas. Sin duda alguna, los bizantinos usaban jubones de escamas, y también se sabe que la armadura de láminas se llevaba en Italia.



Fronterizos. De izquierda a derecha, un jinete de élite ávaro cuyo caballo lleva una protección parcial de cuero y fieltro, miembro de una tribu eslava occidental que llevanban la frente afeitada; y recluta de infantería sajón con un arco, un *sax* germano y una espada morava (pocos hombres iban tan bien armados).



Carlomagno con la bandera imperial, un guardia papal (a la derecha) con ropas de estilo bizantino y, al fondo, un infante de la marca española, con un yelmo y una cota de mallas probablemente de fabricación musulmana.

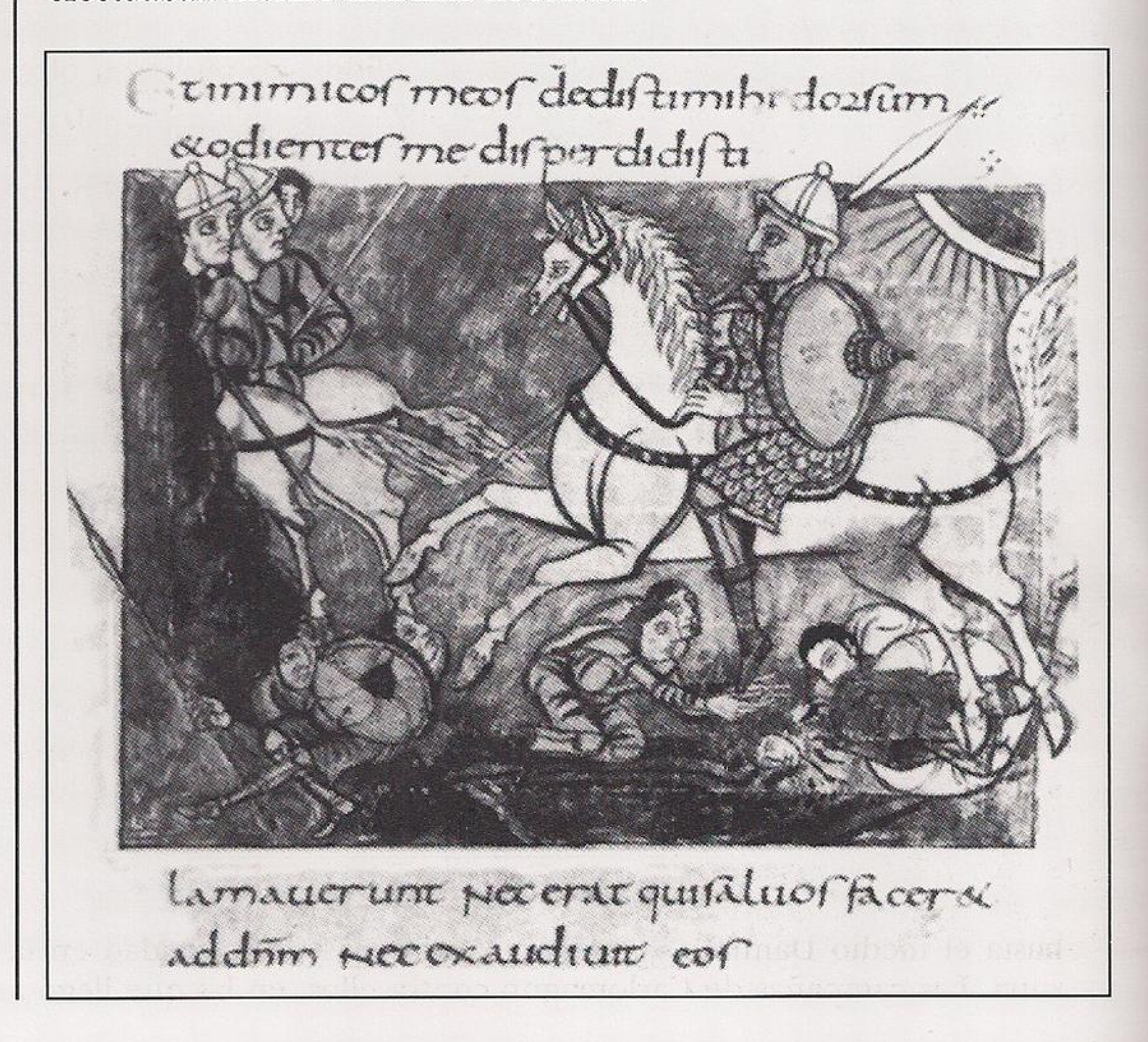


(1) Soldado de caballería francés, h. 900, con estribos y silla de montar con armazón. (2) Soldado de infantería local francés, h. 900. Aunque la caballería ya dominaba la guerra en Europa occidental, la infantería todavía desempeñaba un papel importante en los terrenos accidentados o los asedios prolongados. (3) Noble carolingio, finales del siglo IX. Su traje refleja influencias bizantinas e islámicas, pero su espada es escandinava.

En la infantería, los arqueros habían ido adquiriendo cada vez más importancia, pero cuando la caballería adoptó la armadura, la eficacia de la infantería disminuyó. Junto con los arqueros montados, puede que los últimos carolingios adoptaran la silla de montar con armazón de madera y perilla elevada de los ávaros, cuyos territorios fueron conquistados por Carlomagno. Probablemente, los ávaros también fueron responsables de que Carlomagno añadiera a su tren de asedio maganeles de estilo chino accionados por hombres.

Las lanzas eran las armas más comunes y baratas. La antigua hacha arrojadiza franca fue remplazada por el *sax* o *scramasax*, una espada corta o cuchillo de grandes dimensiones. La espada siguió siendo el arma de los nobles, pues era muy costosa, ya que se fabricaba con técnicas muy refinadas. El arco era de suma importancia a principios del siglo IX para luchar contra los enemigos procedentes de las estepas. Los antiguos arcos romanos compuestos biconvexos se dejaron de usar y fueron remplazados por arcos sencillos, de fabricación más sencilla.

Las trompetas de señales controlaban el campo de batalla y ayudaban a mantener la moral. Las banderas se usaban como puntos de reunión o para indicar direcciones. Carlomagno, que consideraba ideal al antiguo ejército romano, reconocía la importancia de la disciplina y no permitía prendas lujosas o superfluas. Sus ejércitos eran extraordinariamente sobrios en el vestir y de mentalidad religiosa. Bajo Carlomagno la guerra era algo frecuente; pocos años pasaban sin que se emprendiera una campaña. Abandonó la antigua estrategia de tomar plazas fuertes en el sur y hacer incursiones por botines y tributos en el norte no romanizado, y en su lugar apuntó al corazón del enemigo, tratando de derribar su élite militar e invadiendo directamente la capital o el centro religioso. A veces explotaba su superioridad numérica atacando en dos o más ejes, obligando así al enemigo a dividir sus fuerzas o a retirarse. La rapidez era su sello, y se efectuaban incluso marchas nocturnas.



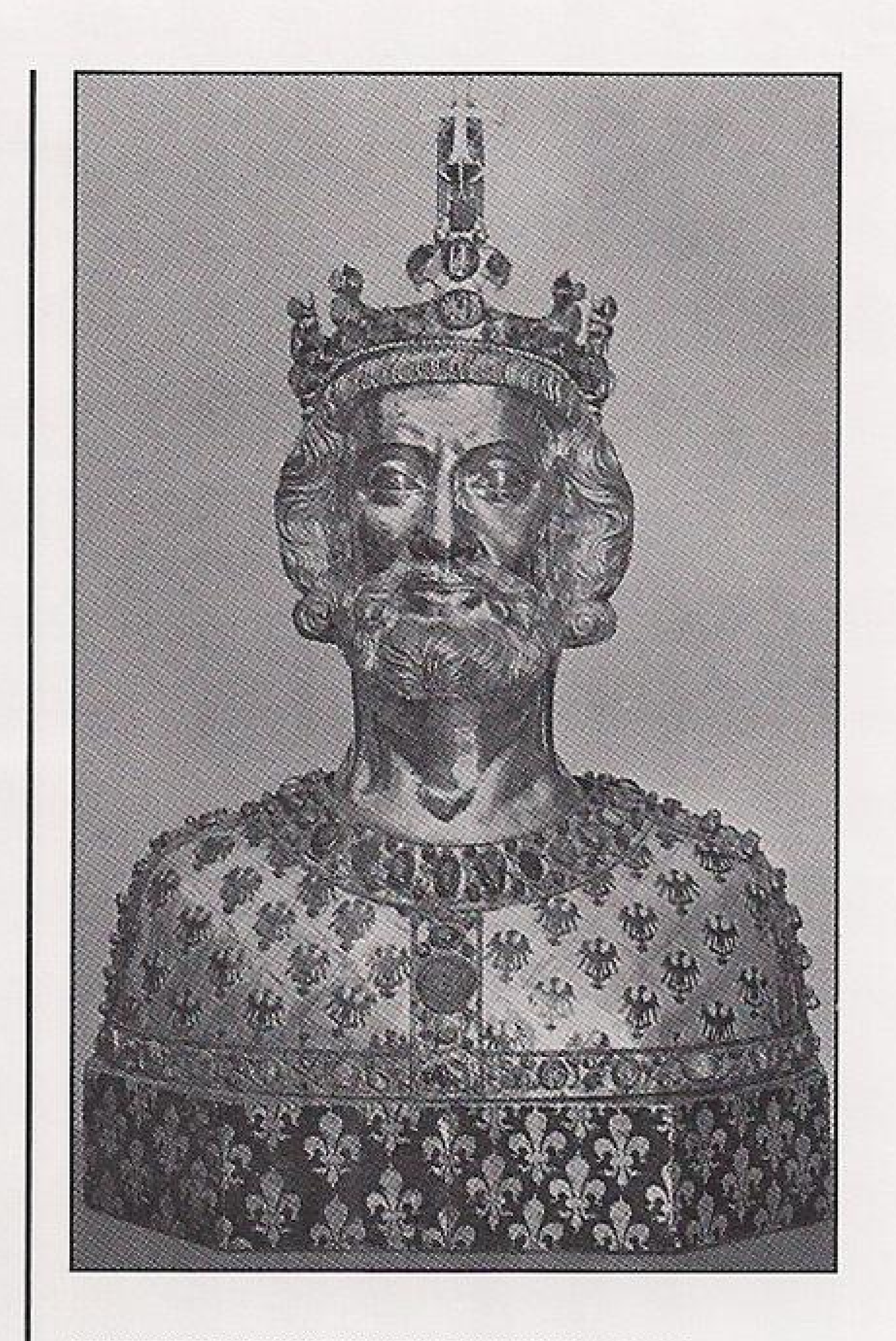
Este jinete que ilustra el Salterio de Stuttgart (h. 825), todavía no tiene estribos, y su armadura parece ser de escamas.

Aunque la estrategia se volvió más ambiciosa y la disciplina mejoró, las tácticas no cambiaron mucho, a pesar de la creciente importancia de la caballería. El soldado de caballería franco era el típico guerrero de la Europa occidental del siglo IX, y su *scara* la formación más importante. En combate cada *scara* estaba dividida en varias unidades de entre 50 y 100 hombres. Normalmente Carlomagno dirigía sus ejércitos en persona, y las grandes formaciones, cualquiera que fuera su origen étnico, estaban comandados por francos.

En los territorios fronterizos o "marcas", la organización militar era más importante que las fortificaciones, que eran relativamente primitivas incluso en comparación con las de los vecinos paganos. Las defensas eran construidas y mantenidas con mano de obra local y se guarnecían con guerreros locales de plena dedicación que en realidad formaban colonias militares organizadas como *scarae.* La extensa marca española era en gran medida independiente de la autoridad central, y la defensa dependía de una leva de hombres libres. No se hizo ningún esfuerzo por conquistar, en lugar de asaltar, el territorio musulmán. Tras la derrota de los lombardos, gran parte de Italia se compuso de marcas defensivas, donde los carolingios instalaron fortificaciones más ambiciosas, aunque todavía toscas, convirtiendo antiguos edificios romanos en fortalezas.

El ejército de Carlomagno, lo mismo que su corte, era excepcionalmente cosmopolita. Los pueblos aliados y subordinados hacían importantes aportaciones, especialmente los organizados lombardos. En la campaña contra Zaragoza (778), aparte de las tropas francas orientales dirigidas por el propio Carlomagno, sus fuerzas incluían francos occidentales, borgoñones, bávaros, provenzales, godos de Septimania (sudeste de Languedoc), bretones y lombardos. (Esta fue la campaña en la que Roldán murió en una escaramuza en Roncesvalles).

Además de los lombardos, los ávaros, como hemos visto, hicieron importantes aportaciones, antes y después de su destrucción. En cambio, los sajones, enemigos igualmente decididos, no pudieron ofrecer mucho por lo que se refiere a tecnología militar. Algunas tribus eslavas del norte que se convirtieron en clientes de los carolingios hicieron aportaciones, por ejemplo sus hachas ligeras de mango largo, además de poseer una avanzada industria siderúrgica.



Un hermoso busto relicario de Carlomagno. Federico Barbarroja le proclamó santo en 1165. (Tesoro de la catedral de Aquisgrán).

Las campañas de Carlomagno

A diferencia de su padre, Carlos el Grande era un hombre alto, con más de seis pies de altura, y gozaba de muy buena salud: a los setenta años todavía cazaba jabalís en el bosque y nadaba en el estanque del palacio. Un hombre inteligente y un mecenas de la erudición, que sabía latín y griego aunque siempre le costó escribir.

Después de que Carlomagno anexionara el reino de su difunto hermano, la viuda de Carlomán y sus hijos se refugiaron en la corte lombarda, que se convirtió en un centro de hostilidad y le envolvió en muchas guerras. El poder de los lombardos también amenazaba al papa, y una alianza franco-papal fue el resultado natural. Carlomagno cruzó los Alpes con sus hombres y se embarcó en dos campañas en Italia en 773-774, derrocando al rey lombardo y asumiendo el título real.

En 788 Carlomagno se apoderó de Baviera, antes de seguir avanzando para atacar a los ávaros, que habían emigrado desde el este hasta el medio Danubio y amenazaban la paz y la seguridad en la zona. Las campañas de Carlomagno contra ellos, en las que llegó a

avanzar hasta Croacia, duraron más de una década, pero en 803 los ávaros fueron sometidos.

Las ingobernables tribus germánicas del norte y el nordeste, que se negaban a mantener sus promesas y frustraban las misiones cristianas, fueron el siguiente motivo para ampliar las fronteras del imperio. Los sajones resultaron ser los enemigos más resistentes de Carlomagno, llevándole a cometer actos de barbarie inusitados. En 772 emprendió una campaña de terror, destruyendo santuarios paganos y dejando una guarnición franca en territorio sajón. Pero mientras estuvo ausente luchando en otros sitios, los sajones destruyeron sus fortalezas.

Carlomagno siguió deseoso de convertir, más que de dominar, a los sajones hasta 778, cuando un jefe sajón llamado Widukind (o Wittekind) organizó una rebelión general, matando en masa a los cristianos y asolando el margen derecho del Rin. La conquista se volvió entonces inevitable, pero requirió muchos años y mucho derramamiento de sangre. Incluso la imposición de un régimen de terror, con numerosos sajones deportados, no logró vencer la resistencia sajona. Finalmente, Carlomagno llegó a un acuerdo con los jefes sajones y sometió el territorio a la autoridad franca en 785, y Widukind aceptó el bautismo. No obstante, las tribus orientales se opusieron a Carlomagno hasta 804.

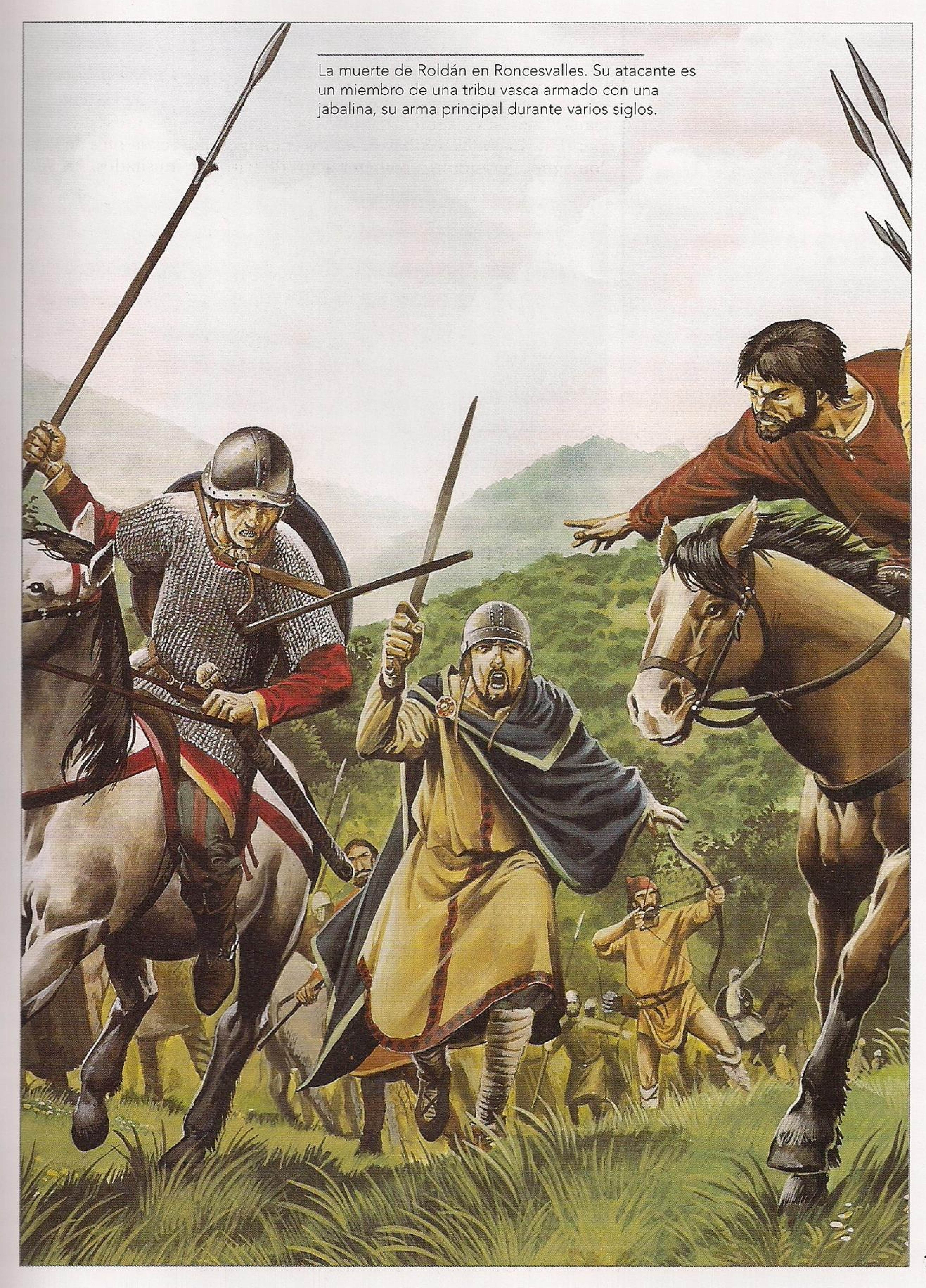
Las conquistas tienden a engendrar nuevos conflictos y las campañas sajonas pusieron a los francos en contacto con otros pueblos, especialmente los eslavos al otro lado del Elba. En Escandinavia los vikingos estaban volviéndose activos, y las defensas navales de Carlomagno en el litoral noroeste resultaron oportunas. Los bretones nunca fueron del todo fiables, y Carlomagno estableció una amplia marca militar en Bretaña oriental, en la que, al igual que en la marca española, el gobernante tenía extensos poderes.

Uno de los problemas que había en el sur, donde la autoridad franca era a veces mal recibida, eran los conflictivos vascos a ambos lados de los Pirineos. Se precisaban expediciones regulares para mantenerlos a raya, y a veces también a los gascones. Aparte de la breve salida de 778, Carlomagno inició una seria intervención en España, con la intención de establecer una guarnición al sur de los Pirineos, en 793, después de una incursión musulmana en territorio franco que llegó hasta Narbona. Emprendió varias campañas en Cataluña entre 796 y 811, y llegó a conquistar suficiente territorio como para establecer la marca española.

El emperador

Lo único que consiguió el papado aliándose a Carlomagno fueron inconvenientes. El que Carlomagno se convirtiera en el socio dominante de su asociación y, como rey de Lombardía, en el árbitro político de Italia, causó problemas al papa. De acuerdo con la promesa de su padre en la Donación de Pipino (756), Carlomagno acordó devolver al papado los territorios (aproximadamente, los futuros Estados Pontificios además de Venecia y el litoral dálmata) que habían sido conquistados por los bizantinos, pero a pesar de sus frecuentes campañas contra ellos, no parecía tener prisa en cumplir su promesa con respecto a Venecia y Dalmacia.

El desconcierto que reinó en la Iglesia a consecuencia de la muerte de Adriano I en 795 repercutió en favor de Carlomagno. El nuevo papa, León III, fue acusado de delito y obligado a refutar las acusaciones haciendo un juramento solemne en un tribunal presidido por Carlomagno. Dos días después, el día de Navidad de 800,



La muerte de Roldán en Roncesvalles. Su atacante es un miembro de una tribu vasca armado con una jabalina, su arma principal durante varios siglos.

La puerta ceremonial de la abadía de San Nazario en Lorsch (Renania) se construyó probablemente alrededor del 774 d.C. Sus tres arcos y clásicas pilastras reflejan el deseo de Carlomagno de revivir la gloria de Roma. No está realmente fortificada pero es uno de los pocos edificios que quedan que reflejan las aptitudes de los arquitectos militares de Carlomagno.



Carlomagno fue coronado emperador por el papa (si colocó realmente la corona sobre su cabeza es quizá menos importante de lo que los historiadores constitucionales han hecho parecer). Parecía que el Imperio Romano estaba renaciendo.

El emperador bizantino consideraba que ya existía, con Constantinopla como capital y, naturalmente, se opuso a la elevación de Carlomagno. Tras la sucesión del ambicioso Nicéforo en 802, la guerra comenzó. Cuando los francos invadieron Venecia, los bizantinos pidieron la paz y reconocieron a Carlomagno como emperador de occidente a cambio de que les devolvieran Venecia –una decepción para el papa y otro revés con respecto al poder imperial–.

La canción de Roldán

Los logros de Carlomagno fueron tan extraordinarios, su posición tan eminente, su aspecto, con su melena de pelo blanco, tan impresionante, que se convirtió en una figura legendaria ya antes de su muerte. Las anécdotas proliferaban y se le atribuían milagros. Carlomagno, el defensor de la cristiandad, el conquistador invencible, el sabio gobernante y legislador, se convirtió él mismo en un santo. En las primeras *chansons de geste*, no es una coincidencia que el número de nobles *(paladins)* que constituían sus más leales seguidores sea el mismo que el de los discípulos de Cristo.

Los cantares de gesta, que representan el auge artístico del poema épico medieval, se escribieron en el siglo XII y aunque algunas historias, como la peregrinación de Carlomagno a Jerusalén, parecen ser totalmente ficticias, al menos algunas están claramente basadas en hechos reales. El episodio del paso de Roncesvalles narrado en la famosa *Canción de Roldán* también fue descrito brevemente, y probablemente con bastante precisión, en la biografía de Carlomagno, escrita por el sabio franco de la época, Eginardo, aunque recientemente existen algunas dudas sobre la autenticidad de esta fuente, y en mayor medida sobre la de una obra en latín supuestamente escrita por el arzobispo Turpin de Reims, contemporáneo de Carlomagno. En realidad la obra no fue escrita antes del siglo XII. Contiene episodios, como la lucha de Roldán con el gigante Ferragus, que no figura en

La canción de Roldán. Es posible que haya existido una versión anterior de *La canción de Roldán*, ya que según dicen un trovador que estaba con el ejército invasor de Guillermo el Conquistador cantó un poema sobre Roncesvalles en la batalla de Hastings en 1066.

Carlomagno aprovechó la oportunidad de entrar en la España musulmana en respuesta a una petición del emir de Zaragoza para apoyarle en su lucha contra el emir de Córdoba en 777. Cruzó los Pirineos en 778, conquistó Pamplona y llegó al río Ebro, pero su avance fue detenido en Zaragoza y, al enterarse de que había estallado una rebelión entre los sajones en Renania, volvió al norte. Como de costumbre, su ejército estaba compuesto por hombres de distintos países y, además de la élite franca, contenía lombardos, tropas de los Países Bajos, y bretones, que probablemente se encontraban en la retaguardia.

Tras detenerse de nuevo en Pamplona, los cansados hombres de Carlomagno volvieron a cruzar los Pirineos. Se encontraban apostados a lo largo de una distancia considerable cuando se acercaron a la cumbre. La retaguardia, bajo el mando del conde de la marca bretona, Hrodland (Oliverio) quedó separada y un grupo de vascos le cortó el paso en, según la tradición, en el paso de Roncesvalles (Roncevaux). Como llevaban armas ligeras y conocían bien la zona, según Eginardo, se movían con mucha más rapidez que los francos, mientras que "la naturaleza pesada de [su] equipamiento y la desigualdad del terreno entorpecía a los francos en su resistencia contra los vascos". El resultado fue una matanza. Hrodland y otros dirigentes murieron. El desorden se extendió entonces al resto del ejército, que también sufrió bajas antes de volver al territorio franco.

Los compositores del poema *La canción de Roldán*, que está escrito en francés medieval y basado en la asonancia más que en el verso, convirtieron este revés relativamente menor en una gran tragedia romántica, y en el proceso distorsionaron considerablemente los hechos históricos verdaderos.

Los vascos se convierten en sarracenos (musulmanes), y hacen de su conflicto político una cruzada (un concepto desconocido en el siglo VIII). Roldán está al mando de la retaguardia y Ganelón es un traidor conchabado con el rey de los sarracenos, Marsilo. Uno de los paladinos es Oliverio, tan valiente como Roldán pero más prudente. Es el compañero y fiel amigo de Roldán desde que se batieron en un largo duelo en el cual ninguno de los dos pudo someter al otro. Oliverio también es el hermano de Aude, la prometida de Roldán. Durante la batalla, Oliverio exhorta tres veces a Roldán a tocar su olifante para pedir ayuda, pero el orgulloso Roldán resiste hasta que es demasiado tarde. Cuando llega Carlomagno, sólo encuentra cadáveres, incluidos los de sus 12 paladinos (que no han sido ascendidos a socios personales de Carlomagno). Furioso, ataca y aniquila al enemigo. El infame Canelón es ejecutado por su traición.

Roldán, cuyo nombre es Orlando en Italiano, es el protagonista de versiones posteriores de la leyenda, incluido el gran poema épico renacentista de Ariosto, *Orlando Furioso* (1532).

La capilla palatina de Aquisgrán (Aix-la-Chapelle) se construyó bajo la supervisión personal de Carlomagno. Los reyes germanos eran coronados aquí durante más de 700 años. El octágono es uno de los ejemplos de la arquitectura carolingia más hermosos que aún sobreviven.

